

La memoria y su estela en el cuerpo

Erigir una fortaleza de Lorena Huitrón Vázquez

Julieta Gamboa

*El recuerdo es, siempre, una ruina carcomida,
como toda construcción humana, por los cuatro elementos clásicos:
agua, aire, fuego y tierra y por el padre de los cuatro:
el infatigable Cronos.*

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

TODA AUTOBIOGRAFÍA ESTÁ INSCRITA en la confluencia de distintas historias y cada vida es susceptible de representarse a partir de narraciones múltiples. La exploración de la subjetividad como punto de partida para desarrollar zonas textuales autobiográficas supone la traducción de una mirada sobre la realidad y la revelación de una perspectiva de uno ante los otros. Implica también una reflexión acerca de la identidad, a partir de distintos ejes significativos: el cuerpo, los espacios, los afectos. Para ello, la relación del sujeto con la memoria como mecanismo selectivo es relevante.

La reconstrucción de la memoria individual y la relación emotiva de ésta con distintos lugares que se vuelven significativos se desarrolla en *Erigir una fortaleza*, poemario de Lorena Huitrón Vázquez (Xalapa, 1982), mediante resoluciones líricas múltiples e imágenes enlazadas que delimitan un sujeto definido en su relación con el pasado.

No obstante, la memoria no es sólo un mecanismo de la mente que codifica y recupera información antigua sino que se vuelve la posibilidad para conformar un cuerpo subjetivo desde el presente en que se enuncia. La voz poética manifiesta su relación con distintos tiempos y espacios ligados a experiencias afectivas configuradoras de una identidad personal.



Madre e hija, Egon Schiele, 1914,
Leopold Museum, Viena.
(Fotografía: Fine Art Images/
Heritage Images/Getty Images)

Huitrón propone una lectura (y reescritura) del espacio/tiempo de manera transversal. La memoria llena zonas de vacío en el presente e intenta sujetar algunas imágenes y dotarlas de sentido al asociarlas entre sí, lo que se lleva a cabo por medio de la reconstrucción de las experiencias físicas y sensoriales que son provocadas con el tránsito por distintos espacios:

Para Lucrecio todo se compone de átomos

{y espacio vacío.

Me figuro el granizo acunado en las palmas de la mano
de mi madre, obsequiándolos a puñados

{como si fuesen perlas.

El atomista se equivocaba.

Nuestra materia es de acero que descarna

{en incesante tambor. [...] }

Así, las sensaciones pasadas son la materia para ahondar en el recuerdo y delimitar un cuerpo presente, el cual se configura cuando se confronta con las sensaciones físicas que las relaciones con los otros le han provocado. El otro roza, circunda y cerca el propio cuerpo, nombrado mediante un lenguaje poético reconstructivo. Los momentos significativos relacionados con cómo se define el sujeto a partir de sus lazos afectivos otorgan la densidad lingüística del texto. El otro es la presencia que determina las relaciones emotivas con el espacio y las decisiones para ensanchar el tiempo, extenderlo o transitarlo más rápidamente, pues mediante los afectos se cimienta un puente hacia ese pasado que configura el cuerpo y lo que se es en el presente. La memoria se sustenta en una descripción del paso contiguo de los otros para generar sentidos identitarios.

En la sección “Elegía a un nadador”, la red de relaciones entre tres mujeres —la madre, la abuela y la nieta— que se despiden del abuelo muerto, delimita la memoria de lo que fue el otro ausente, enmarcada en la experiencia del río Huitzilapan como espacio memorístico. El cuerpo se vincula de manera sensorial con la naturaleza, y la imagen del río y su cauce se

emparentan con el flujo de la memoria y con la vivencia de las relaciones familiares. La elegía al abuelo es un medio para unir la infancia y el presente y las asociaciones entre la muerte percibida desde el pasado infantil (“De niña, tras comer, mi madre me decía: espera un poco, si no morirás y te llevará el río”). Por su parte, la experimentada en alguien cercano afirma la resistencia al olvido, visto como un proceso de extinción contra el que se ejerce resistencia.

Tal como los otros marcan la constitución del cuerpo del sujeto que enuncia, desde una identidad contingente, los espacios se vuelven intersticiales, pues no son permanentes en la experiencia del sujeto. Son transitorios, como transitoria es la identidad, territorio fronterizo, que cambia en función del instante autobiográfico poetizado, como si el devenir se sucediera a partir de los lugares por los que se circula (como Howth o el río Papaloapan), los cuales son la huella de un desplazamiento de la subjetividad. Los espacios adquieren entonces un significado no sólo en función de su anclaje con el pasado, sino a partir de la relación que establecen con el sujeto que enuncia. Los territorios, los instantes experimentados en ellos y las relaciones que derivan de su paso son la base de descripciones cargadas de fisicidad que fijan una serie de detalles con los que se enmarca el espacio autobiográfico. Esta cohesión temporal es, no obstante, siempre efímera, pues los lugares se multiplican y las vivencias se suceden (como un encuentro amoroso o la experiencia corporal que da el baile) en un orden subjetivo. Por ello, la percepción del tiempo se altera y puede hablarse de un presente extendido en la enunciación poética.

Ante el intento por reconstruir un pasado fragmentario y difuso, se opone la posibilidad de inventar y enunciar la experiencia:

La idea del pasado hiere al pecho,
desbroza su musgo, lo descarna,
regresa en boomerang las palabras cuyo luto
impide saber cómo decir las.



Erigir una fortaleza

Lorena Huitrón Vázquez

Xalapa, Instituto Literario de Veracruz

(Licencia Poética),

2013, 98 pp.

Y aunque las palabras no logran reconstruir el tiempo y la experiencia tal como ocurrió, sí se apropian de las huellas del sujeto en el espacio y las enuncian (el paso por la arena, el roce de la corteza de un árbol, el contacto del cuerpo en el agua). En ese sentido, la poeta asoma, al mismo tiempo, a la realidad material cotidiana que forma un espejo autobiográfico, usando como herramienta textual la exploración de la narratividad, sin dejar de lado el desarrollo de imágenes poéticas ligadas a los recursos más sensoriales del texto.

Los poemas que cierran cada sección, todos con el título “Sauróctonos”, otorgan una pausa en la construcción de ese sujeto autobiográfico. Como instantáneas, que a la vez densifican y retienen la experiencia del pasado contenida en el resto de los textos, en ellos se desarrolla la imagen de 400 cocodrilos que han escapado, a partir de una voz que elabora un discurso sobre la violencia contenida que representan y el enfrentamiento entre lo humano y la animalidad a la que se teme.

La tradición filosófica ha insistido en asimilar la memoria singular con la identidad personal. Según Néstor A. Braunstein, la identidad personal depende de la memoria y de la posibilidad de hacer una narración continua y coherente de quién se ha sido para dar cuenta de quién se es. Si el sujeto no posee una memoria de su pasado, no puede configurarse como sujeto y elaborar un discurso de sí ante el otro. La noción de

memoria implica entonces la idea de conservación del pasado. No obstante, en *Erigir una fortaleza* se encuadra tal conservación del pasado desde un presente que se sabe cambiante, a partir de distintas historias y construcciones individuales múltiples enfrentadas a la inminencia del paso del tiempo.

La memoria es siempre biográfica. El producto más genuino de la memoria es por tanto la subjetividad. La memoria puede ser un prisma cuyas caras determinan la construcción identitaria del sujeto, pero aparece al mismo tiempo como un elemento discontinuo, relacionada sobre todo con campos emotivos. La enunciación poética faculta la ficcionalización de la memoria, nuevamente desde un punto de vista personal. La recuperación de la memoria a partir de las palabras cobra sentido a partir del uso de un código común que, sin embargo, tiene la posibilidad de modificarse y reinventarse. En este sentido, el intertexto de las cartas de Carlota de Bélgica empleado a lo largo de los poemas funciona también como signo que refuerza la reconstrucción memorística.

El sujeto que enuncia en *Erigir una fortaleza* construye ante todo una continuidad subjetiva, siempre consciente de los juegos de la memoria en su repetición del pasado:

Somos hijos de una memoria gastada
que llena cubetas para calmar la sed.